

**“Homo cogitans”.**  
**La obra intelectual y humana de Pedro Laín Entralgo.**  
**(Notas para su comprensión)**

**Antonio Villanueva**

«Si Curtius ha llamado a Unamuno el *incitator Hispaniae*, agitador espiritual de España, Laín merece el título de *medicus Hispaniae*, sanador de España, cuyos autoanálisis sedantes y a menudo penitentes pretender aliviar la conciencia doliente de todo español»

(Nelson Robert Orringer, *La aventura de curar. La antropología médica de Pedro Laín Entralgo*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997, p. 308)

### **Homo aragonensis, hispanicus, universalis**

- Aragonés de la provincia de Teruel, nacido en el pueblecito de Urrea de Gaén el 15 de febrero de 1908, como él mismo dijera

“Un antiguo pedazo de mi alma echó sus raíces en la tierra de Aragón”. “Llegando hasta donde puede hacerlo la memoria de una genealogía sin blasones encuentro que es aragonés una mitad de mi sangre, la que me ha venido por rama paterna...” “Íntegramente aragonesa fue mi infancia. Desde mi pueblo natal, Urrea de Gaén, Zaragoza era para mí un “no va más” urbano e histórico... Salir de la fonda de Paco y ganar los porches del Paseo por la calle Cinco de Marzo, era algo semejante a lo que para un niño de la Tarquinia de hace veinte siglos pudiera ser el descubrimiento del Foro Romano...” (prólogo al libro de Luis Horno Liria *Lo aragonés en algunos escritores contemporáneos*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1978).

Urrea fue, primeramente, para él un paraíso inolvidable:

“Mi infancia rural, con los períodos de vacaciones desde fuera, transcurrió en Urrea de Gaén, entorno inolvidable, donde mi padre ejercía de médico. Soy descendiente por ambas ramas de familias mesocráticas. Mi abuelo paterno era médico en Huesca, oriundo del Valle de Tena” (cita tomada del libro de M<sup>a</sup> Rosario de Parada, *Pedro Laín Entralgo*, Zaragoza, D.G.A., 1974, p. 17).

“Aquellos primeros nueve años de su vida los pasó correteando por calles y plazas, jugando al escondite en el cantón de Meca, a espaldas de su casa natal, y correteando después para irrumpir en la plaza. Y más tarde, enfilaría por su otra calle, bajo el arco de la Virgen de Arcos, en dirección al río Martín, a mitigar los calores, zambulléndose, junto a los demás chicos, en el pozo de La Badina” (palabras de Alfonso Zapater, tomadas de Juan Domínguez Lasierra, “Laín Entralgo y Aragón”, *Turia*, 61 (junio 2002), p. 252).

Pero, tras la Guerra Civil y los robos en la casa familiar, se alejó de su pueblo durante más de cuarenta años, por los malos recuerdos. Su casa fue asaltada dos veces, una por los “rojos” y otra, por los “nacionales”, unos y otros amigos y vecinos de la familia. Todo fue destruido, nada quedó para el recuerdo:

“Hice una visita a la casa paterna en mi pueblo. Cerrada cuando mi padre la dejó, fue metódica y minuciosamente saqueada por los “nacionales” del pueblo, tan pronto como el avance franquista puso a Urrea en sus manos. Ni un retrato, ni un libro, ni un entrañable recuerdo de nuestro mundo familiar hemos podido conservar mis hermanos y yo. Sólo desasido recuerdo del alma podía ser mi pasado remoto” (Parada, *op. cit.*, p. 80).

Hasta que llegó una primera reconciliación:

“Por aquellos años [1956], con mi hermana y mi mujer volví para trasladar los restos de mi padre, como él había deseado, desde Sueca al cementerio de Urrea de Gaén, junto a los de mi madre. Allí, como “personaje” fui recibido entonces. El Ayuntamiento organizó un funeral en la misma Iglesia, que mi padre, veinte años antes, había tratado de salvar del incendio. A continuación fue descubierta una lápida en la fachada de la casa donde el padre y el hijo vivieron, y yo nací. Tuve que hablar a mis paisanos desde el balcón del Ayuntamiento, mis palabras fueron de reconciliación, de vida hacia un futuro en que la guerra civil no fuera posible. Pero pasó el tiempo; de ser “personaje” pasé a la condición de “paria oficial”, cuidado, no de “paria social”; y los falangistas de mi pueblo decidieron romper la lápida antes mencionada. Algo más tarde, me han dicho que un alcalde conciliador ha ordenado recomponer la lápida. *Sic transeunt gloria et ruinae mundi...*” (Parada, *op. cit.*, pp. 106-107).

Y por fin, a los 88 años de edad, el reconocimiento, el 14 de junio de 1996, como “hijo predilecto” de su localidad natal:

“Es un asunto que me resulta muy penoso de recordar. Mi experiencia con el pueblo en la guerra civil fue muy dolorosa. Mi padre, que fue médico en Urrea de Gaén, era muy querido aquí, como mi madre, que murió en este pueblo. En la guerra civil, la localidad fue ocupada por los dos bandos, y los dos, rojos y nacionales, saquearon la casa de mis padres. Y eran gentes conocidas, incluso amigas. De mi casa natal no me quedó ni un retrato, ni un cuadro, ni un papel, ni un instrumento quirúrgico de mi padre, ni un mueble, no me quedó nada (...) Todo esto me produjo gran conmoción y mucho dolor. Después aún sucedieron más cosas y explica que tardara tanto tiempo en volver” (Domínguez Lasierra, *art. cit.*, pp.250-1).

Como académico de la R.A.E., intentó que alguna palabra dialectal aragonesa figurase en el *Diccionario* oficial. En el artículo “Literatura como patria”, cuenta Juan Domínguez Lasierra (*Heraldo de Aragón*, 6 de marzo de 2004, p. 39) que, en 1973, entrevistó a Fernando Lázaro Carreter, junto con Laín, los únicos aragoneses en la R.A.E. en aquel tiempo, y le preguntó si aportaban voces aragonesas al *Diccionario*:

“Me dijo que continuamente. Y me puso un ejemplo inmediato: “Ayer mismo surgió la introducción de la palabra “corraleta” —que emplean hispanoamericanos y andaluces— en el *Diccionario*, y entonces Laín y yo conseguimos que se tomase cuenta también la palabra “corralico”, que quiere decir en aragonés “corral de muerto en cementerio civil”. Pero aunque Laín y Lázaro estuvieran proponiendo constantemente palabras aragonesas, como me dijo, expresó ya su pesar de que no todas eran aceptadas”.

Como hombre de letras, estudió la poesía del finado Labordeta (véase su artículo “Análisis espectral de Miguel Labordeta”, en el libro *En este país*, 1986), a quien admiró profundamente.

Pero como él mismo dijo, más allá de su aragonesismo...

“en alguna medida he sido: castellano en Castilla, andaluz en Andalucía, vasco en Vasconia, gallego en Galicia, europeo en Europa...” (prólogo al libro cit. de Horno Liria).

## Homo historicus: “Historia est magistra vitae”

- Polígrafo eminente, se le considera el iniciador en España de la Historia de la Medicina. Fue ensayista, filósofo, articulista, crítico teatral... Escribió más de setenta libros sobre historia médica, antropología, biografías de médicos y literatos, política española, filosofía, crítica literaria y teatral; a los libros, hay que sumar cientos de artículos y conferencias.

Es autor de una obra diáfana y coherente que mantiene su unidad de pensamiento a lo largo de toda su extensión, Laín Entralgo es un buen representante de esa tradición española y europea de médicos humanistas (Gregorio Marañón, Pío Baroja, Vital Aza, Louis Ferdinand Céline, Luis Martín Santos, Santiago Lorén, Santiago Ramón y Cajal...). Es más, él es el gran educador de los médicos españoles en las dimensiones no estrictamente técnicas de su profesión, en las llamadas “Humanidades médicas”.

La antropología médica de Laín parte del principio del paciente como sujeto o ser sufriente, nunca como objeto. Rompe así con la tradición cientifista del siglo XIX, que considera al paciente como mero soporte de la disección o la terapia médica. Laín vive la medicina como problema y encuentra la solución en la medicina antropológica, personalista, que considera al médico y al paciente en su dimensión humana. Nuestro pensador era historiador de la medicina, pero con gran vocación de médico filósofo; por ello, quería construir una antropología médica que fuera la cumbre de su quehacer profesional y que entendía como

“la elaboración de un conocimiento por igual científico y filosófico de la realidad del hombre, en tanto que ente sano, enfermable, sanable y mortal” (*Descargo de conciencia*, p. 497).

Según Laín, esa antropología tendría tres partes bien diferenciadas: una definición de la realidad humana, una definición de la salud y la enfermedad y una definición de la relación médico-enfermo. En cierta forma, podría hacer suya la frase de Heinrich Rickert:

“el buen médico sabe (...) que en realidad no hay “enfermedades”, sino solo “enfermos”, y que, para salir bien en su empresa, no le basta con tener en cuenta lo que dicen los textos científicos. Necesita saber individualizar algo que la ciencia natural no puede enseñarle”.

Como él mismo decía, “escribo para convivir”. Le movía el afán de conocimiento, la curiosidad del científico y el comunitarismo del hombre societario: en Laín, el talante esencial es el respeto y la sociabilidad, unido a un ansia insaciable de conocer, más para comprender que para juzgar. Como dice Helio Carpintero, en “Pedro Laín Entralgo o el afán de convivir” (en *Cinco aventuras españolas*, Revista de Occidente, Madrid, 1967, pp. 63-108), Laín es la “voluntad de concordia”. Laín era orteguiano y asumía la máxima del maestro según la cual “cada vida es un punto de vista sobre el universo”, no se considera en posesión de la verdad, tan solo de “su” verdad, que aspira a compartir por medio de la palabra. Él mismo nos dejó este resumen de su trayectoria:

“historiador de medicina, antropólogo, y ensayista y dramaturgo *de domingo*. Por supuesto, profesor universitario, hombre que ofrece a la incierta juventud lecciones sobre lo que él sabe o debe saber, y que a veces tiene la fortuna de suscitar, en el alma de alguno de sus

oyentes o lectores, la voluntad de acompañarle por los caminos de su particular disciplina académica” (Parada, *op. cit.*, p. 129).

Para Laín la dimensión histórica es fundamental. Él hace suya la frase de uno de los iniciadores de la antropología médica, el alemán Ludolf von Krehl:

“La historia clínica del enfermo es siempre la historia de una vida”.

La dimensión histórica y biográfica es la que lleva al médico a encontrarse con el paciente y preocuparse por el trato que recibe. Ella también le lleva a aprender de los grandes maestros. En el caso de Laín, quienes más influyeron en su pensamiento fueron Eugenio D’Ors, Xavier Zubiri y José Ortega y Gasset, seguidos de los alemanes Max Scheler, Wilhem Dilthey, Martin Heidegger y los españoles Marañón, Cajal, Menéndez Pelayo, Rof Carballo, López Ibor, Julián Marías... Además, para Laín su misión era, en expresión del profesor Diego Gracia, “restaurar la continuidad histórica de nuestra cultura”, que había quedado rota por la tragedia civil de la guerra.

### **Animal rationale: “Intellectum tibi dabo...”**

- Doblemente licenciado en Química y Medicina; doctor de grado y *honoris causa* por varias universidades europeas y americanas; catedrático de Historia de la Medicina en la Universidad Central (hoy Complutense) de Madrid entre 1942 y 1978; rector entre 1952 y 1956; profesor emérito tras su jubilación; director de la Residencia de Estudiantes; co-fundador de la revista *Escorial*; fundador del Instituto “Arnau de Vilanova”, del CSIC, para la Historia de la Medicina; académico de tres Reales Academias; conferenciante en multitud de lugares y países (Argentina, Chile, Colombia, Ecuador, Estados Unidos, Francia, Alemania, Italia, México, Países Bajos, Uruguay)...

Con semejante currículum, le interesan —no podía ser de otra manera— las “formas fuertes” de la cultura, la tradición libresca más que lo folclórico o popular. De hecho, le molestaba el tópico del “baturrismo” y no apreciaba demasiado el populismo de las jotas aragonesas. Tampoco apreció el “madrileñismo” de majas y chulapos. Se definía como intelectual “en cuanto intelectualismo quiere decir análisis, examen, ansia y ejercicio de comprensión”. Despreciaba las formas populistas de la religión y encontraba el teatro de Benavente y los hermanos Quintero “insosteniblemente viejo y vulgar”:

“Confieso que no puedo con el “baturro” y con el aragonés, que para mostrar serlo, cree necesario baturrizarse... La “tozudez” para mí no pasa de ser una tosca caricatura de la paciencia...” “Mi religiosidad, mi modo de entender la relación con lo divino repele la idea de santos a la jineta y vírgenes con fajín” (prólogo al libro cit. de Horno Liria).

“Ese baturrismo que se expresa en la jota mayúscula no me gusta nada..., esas jotas en que el intérprete alza el pecho, echa la cabeza atrás y dice “Pa’ honrao, valiente, franco y tozudo, yo”. Porque la valentía y la tozudez no pasan de ser una burda caricatura de la paciencia y el tesón; la franqueza debe llevar consigo la delicadeza y la cortesía, y no hay que hacer ostentación de la honradez (...)

[Hay] dos modos distintos de ser hijo natural y cultural de Aragón, el modo baturro y el modo ilustrado” (*Descargo de conciencia*)

Fue miembro de la Real Academia de Medicina Española (desde 1948), de la Real Academia Española de la Lengua (desde 1953, ocupó el sillón “j”, en sustitución del fallecido Duque de Alba), de la Real Academia Española de la Historia (desde 1962). Como director de la R.A.E. (1982-1987), sustituyó a Dámaso Alonso y fue reelegido para un nuevo mandato por los miembros de la Docta Casa.

## **Homo sapiens: Universitas, alma mater**

- Tuvo una muy marcada vocación universitaria (“La Universidad ha sido mi guía”, le dijo a José Manuel Sánchez Ron) y creía que la Universidad —a él le gustaba escribir la palabra con mayúscula— era, ante todo, comunidad de servicios, por lo que lo primario en ella eran los deberes, no los derechos. Incluso cuando era rector seguía dando clases, también lo hizo después de la jubilación. Su labor de toda la vida ha sido “la apertura intelectual del universitario”, de quien esperaba mucho. La nación —y en esto era profundamente orteguiano— debería progresar al ritmo de su universidad.

Cuando, como rector, colaboró en la educación del entonces príncipe, y hoy Rey, don Juan Carlos, le impartió una lección sobre la importancia social de la universidad. Él mismo se lo cuenta a Rosario de Parada (*op. cit.*, pp. 107-108):

“ —Yo, en tanto que Rector, entonces intervine en esa educación. Me la solicitó el duque de la Torre. Otros harán la historia, si quieren ser minuciosos en la biografía del actual monarca. Me contento ahora con expresar un módico deseo: que como rey no olvide don Juan Carlos la lección sobre la función histórica y social de la Universidad que yo le di, siendo él mozo y príncipe”.

## **“Quod discis tibi discis”**

- Además de ser rector, miembro de tres Reales Academias (de la Lengua, la Historia y la Medicina), director de la R.A.E., presidente de la Fundación Gregorio Marañón, vicepresidente de la Fundación Xavier Zubiri, recibió la Gran Cruz de Alfonso X el Sabio, varios doctorados *honoris causa* (por las universidades de San Marcos, Lima; Toulouse, Francia; Zaragoza, España; Brown, Estados Unidos) y muchos premios, entre ellos el Nacional de Teatro (1971), el Ramón Godó Lallana de periodismo (1974), el Montaigne (1976), el Aznar de periodismo (1980), el Hermanos Machado de teatro (1980), el Príncipe de Asturias de Comunicación y Humanidades (1989), el Internacional Menéndez Pelayo (1991) y el Internacional de Ensayo Jovellanos (1999).

Dejó una fecunda escuela de historiadores de la medicina, de excelente ejecutoria profesional. Valoramos, pues, en él no sólo su trayectoria investigadora, sino que haya sido capaz de tener excelentes discípulos, como el doctor Diego Gracia Guillén, que lo sustituyó en la cátedra de Historia de la Medicina en la Universidad Complutense de Madrid; o el estudioso norteamericano Nelson R. Orringer, que hizo su tesis doctoral sobre don Pedro y a quien el propio Laín elogió por su inteligencia; o Pedro Soler Puigoriol, autor de la tesis *El hombre, ser indigente* (1966). En ese sentido, fue un fundador, un iniciador de escuela como, por

ejemplo, Menéndez Pidal. Esto le dice a M<sup>a</sup> Rosario de Parada, en 1994, mucho después de su jubilación (1978):

“No he dejado, por la edad, de continuar mi labor docente, como profesor de mi curso. Tengo destacados discípulos que han seguido y mejorado mis trabajos, bien estudiando brillantemente aspectos de la historia de la medicina, no tocados por mí, bien haciendo nuevos descubrimientos. Todos son profesores en las diferentes Facultades españolas y me distinguen con su obra, su lealtad y su afección. Déjese decir de ellos que, siendo como son y haciendo lo que hacen, “me ayudan a vivir” (Parada, *op. cit.*, p. 130).

## Homo faber: “Labor omnia vincit”

- Trabajador infatigable, no dejó de escribir, reflexionar y enseñar. Pedía a los jóvenes con vocación científica que se alistaran en esa “Guerra de los Treinta Años” que es la entrega al cumplimiento de una obra intelectual. Era un pensador solitario, un hombre reflexivo al que le gustaba pensarlo todo, con la secreta ambición de vivirlo más intensamente: “No puede haber originalidad sin soledad”, decía. Con más de 90 años, aún daba conferencias.

“La vida es acción. Pero la acción humana tiene su fundamento en la realidad a través de dos raíces: la palabra y el silencio, la palabra pensada y el silencio pensativo” (Parada, *op. cit.*, p. 140).

Defendía su idea de la eterna juventud del hombre, del ser humano como adolescente perpetuo. Asistía siempre a sus clases y a las reuniones de la R.A.E., incluso en silla de ruedas en sus últimos años. Se es joven mientras se tienen ganas. Perderlas es morir. Para él, ser maduro es practicar el arte de lo posible. Y le gustaba recordar que la vejez puede también ser activa, poniendo como ejemplo el caso de ancianos creativos como Sófocles, Kant, Goethe, Goya, Picasso, Miró...

“El trabajo tiene un valor fundamental en la vida. El hombre realiza su vida, modificando poco o mucho el mundo en que existe. La imaginación y el trabajo hacen la historia, y la tarea fundamental del hombre es contribuir con el suyo a la empresa de que la humanidad vaya adelante (...)

¿Qué es el ocio? Es, desde luego, descanso para proseguir el trabajo, pero también, en el sentido antiguo griego y romano, es *necotium*, la obra del espíritu que no tiene que depender del trabajo material. Entonces lo contrapuesto al ocio era el negocio, el ocio era la actuación del que para realizar su obra no tenía que vivir de su trabajo. Como es bien patente, las cosas han cambiado mucho desde entonces (...)

En ese caso [cuando se relaciona trabajo con dinero], no se entiende rectamente el trabajo, entonces degenera en lo que llaman ahora “la cultura del pelotazo”: Yo trabajo lo suficiente, para ganar pronto y como sea mucho dinero. Así nos va” (Parada, *op. cit.*, pp. 138-140).

## Leer, proyectar

- La lectura fue la base de su pedagogía, una forma de *di-versión*, en el sentido etimológico de la palabra: hacerse otro, ampliar los horizontes propios saliéndose de uno mismo. Pedía a sus alumnos más y más lecturas. Para él, leer es la base de cualquier aprendizaje. El lector ideal es el joven, porque para leer hay que ser flexible, proyectarse. Sólo el joven es capaz de comenzar de nuevo, de decir

eternamente “voy a ser” o “quiero ser”. Leyendo nos *di-vertimos*. Identificados con los protagonistas, dejamos nuestras vidas para vivir una nueva. La lectura nos recrea, nos reinventa, nos rectifica incluso, perfeccionándonos. Leer rejuvenece. Permite saltar tiempo y espacio, facilitando el diálogo con los ausentes. Citando a Quevedo, le gustaba a Laín recordar la sentencia de Quevedo “*escucho con los ojos a los muertos*”. Y añadía:

“Leer un libro es, en efecto, una incalculable aventura personal, un lance cuyo término depende a la vez de lo que el autor nos va diciendo y de lo que nosotros respondamos a su llamado decir” (Parada, *op. cit.*, p. 103).

“La lectura nos regala mucha compañía, libertad para ser de otra manera y ser más”.

La capacidad humana de la proyección tiene que ver con su constitutiva libertad. El hombre es *animal morale*, capaz de actuar “con propósito de beneficencia (...) o con intención de maleficencia” (*Qué es el hombre*, Oviedo, Nobel, 1999, p. 142). La lectura le ayuda a dirigirse hacia el bien. En el “Prólogo confidencial” que pone al frente de sus obras teatrales en *Tan solo hombres. Cuatro dramas* (Madrid, Espasa-Calpe, 1991, p. 28), dice don Pedro:

“La verdad es que, pasada la infancia, apenas hay lectura que no sea a la vez coloquio y emulación, abrazo y esgrima”.

## Homo humanus: “Errare humanum est”

- Era conservador. Pertenece a una cultura católica y de derechas, tolerante e intelectualista, admiradora de los noventaiochistas y de algunos “liberales”, como Ortega y Marañón. Fue falangista y, con Torrente Ballester, Ridruejo, Tovar, Sainz Rodríguez, Juan Aparicio, Sánchez-Mazas, García Serrano, Foxá, D’Ors, Fernández Cuesta, Luis Rosales, Areilza, Vivanco, Uría, Panero y otros, formó parte del grupo de ideólogos fascistas. Llegó a justificar los excesos nazis, aunque luego rectificó. Apoyó a los franquistas sublevados contra la República, pero tras la victoria, lo que anhelaba era una reconstrucción nacional reconciliadora, basada en los valores cristianos: la “España superadora y asuntiva” que pedía la primera Falange. Defendió una concepción del estado católica y totalitaria de la que luego se arrepintió. Él mismo cuenta que se vio obligado por el

“imperativo de una opción dramática: a un lado, la afirmación católica y nacional; a otro, la pura negación de esos dos principios o la afirmación de otros que los excluían *a limine*. Cada cual eligió lo que su propia biografía le hizo creer preferible” (citado en Carlos Seco Serrano, “La gran pasión de Pedro Laín: nuestra “problemática” España”, *Turia*, p. 169).

Quiso reconciliar dos Españas irreconciliables. En *España como problema* escribe:

“Sé muy bien que en la España a que yo aspiro pueden y deben convivir amistosamente Cajal y Juan Belmonte, la herencia de San Ignacio y la estimación de Unamuno, el pensamiento de Santo Tomás y el de Ortega, la teología del padre Arintero y la poesía de Antonio Machado; y por salir al paso de los simples, los perezosos y los terroristas que llaman eclecticismo de ocasión a mi propuesta, o hablen con aspaviento y sin discernimiento de la incompatibilidad entre la verdad y el error, o reciten de nuevo el *Brindis del Retiro*, no alegraré programáticamente las razones por las cuales tal convivencia es posible, sino que me esforzaré por demostrar con el

hecho de mi vida y con la letra de mi obra la indudable fecundidad de tener tan varia y egregiamente poblada mi alma” (citado en Carlos Seco Serrano, “La gran pasión de Pedro Laín: nuestra “problemática” España”, *Turia*, p. 169).

Vivió en su propia familia la escisión de las dos Españas: su padre era republicano liberal, su hermano José —socialista— tuvo que irse al exilio a Francia y la URSS, su madre doña Concha y él mismo eran creyentes y católicos. Estas diferencias ideológicas no impidieron el amor familiar ni el talante respetuoso de los unos para con los otros. En Laín, vale la frase de Ortega “cada vida es un punto de vista sobre el universo”:

“Mi existencia familiar tenía el contrapunto de ser más bien tranquila y suave. Desde niño pude aprender que es posible convivir dentro de un grupo humano, interiormente escindido por las más graves discrepancias creenciales e ideológicas, y estar cordialmente unidos sin embargo por vínculos de mutuo amor y respeto mutuo” (Parada, *op. cit.*, p. 17).

## Entonar la palinodia

Laín se erigió en juez de sí mismo y reconoció sus errores con gran dignidad personal en un ejercicio de catarsis. Esto dice el insigne antropólogo médico, rebuscando en sus propias “culpas”:

“en nuestro país, tan socialmente dominado por el hábito de confundir la dignidad con el monolitismo, aquélla, sin la menor mengua de su fortaleza, es perfectamente compatible con un leal ejercicio de palinodia” (*Descargo de conciencia (1930-1960)*, Barcelona, Barral Editores, 1976).

“Soy consciente de que muchos, no sé cuantos, habrán afirmado sin ambages, tras mis críticas posteriores, que soy un cobarde, un desertor, un traidor logrero o un “intelectual resentido”. Otros, tampoco sé cuantos, pensarán o dirán: ¿Es posible que este hombre, al parecer inteligente y crítico, con tan boba ingenuidad adolescente haya creído en los tópicos ideológicos y políticos que circulaban? Pero habrá quienes, serenamente enterados de mi proceso evolutivo, el hecho de que ese hombre inteligente y honesto haya pasado a otra actitud crítica desde la ingenua fe primera, se pregunten: “¿Qué ha acontecido dentro de su alma y en torno a su persona, para que en él se haya producido tal mutación?” (Parada, *op. cit.*, p. 91).

Laín echaba de menos que la derecha y la iglesia hicieran una confesión pública de faltas cometidas durante la guerra, como sí hicieron, al final de la contienda, Azaña e Indalecio Prieto, desde las izquierdas. Para él, la confesión es necesaria para “sanar al enfermo”.

No se debe olvidar que el padre de Laín y su hermano José eran republicanos. José sufrió, además, exilio por sus ideas socialistas. El marido de Concha Laín Entralgo, hermana de Pedro y José, fue acusado de “rojo” y fue la intervención de don Pedro la que lo sacó de la cárcel. El padre de Milagro Martínez, esposa de don Pedro, el ilustre dermatólogo sevillano Jesús Martínez, miembro de Acción Republicana, fue asesinado por los falangistas en 1936. Doña Milagro, a partir de esos trágicos sucesos, nunca pudo hablar bien del régimen franquista, según testimonia el cardiólogo Pedro Zarco.

Hay, en fin, bastantes elementos de juicio para considerar que Laín no vivió en un ambiente de franquismo espeso. No pertenecía al sector reaccionario ni por

talante ni por las circunstancias biográficas que vivió. Como él mismo ha dicho, en 1939, se sentía más esperanzado que vencedor. Tenía la ilusión de empezar a construir una nueva patria para todos, inclusiva y no excluyente.

Sin embargo, sus libros *Descargo de conciencia* y *Hacia la recta final* no cayeron demasiado bien en las filas de los antiguos aliados de Falange ni tampoco entre algunos militantes o simpatizantes de las izquierdas, que criticaron abiertamente a Laín y lo tacharon (a nuestro modo de ver, bastante mezquinamente) de oportunista.

## Homo politicus

- Decepcionado de la vida política y de la intransigencia del franquismo, se refugió en la fértil soledad de un intenso profesionalismo. No se puede decir que viviera en el “exilio interior”, como otros intelectuales (entre ellos, la aragonesa María Moliner), porque pertenecía al bando de los ganadores. Pero es evidente que en Laín había rasgos de aperturismo intelectual que el régimen fascista español no estaba dispuesto a tolerar. Había asumido ilusionadamente la supuesta buena nueva del nacionalsindicalismo, pero luego se desengañó.

“En ningún momento busqué ni acepté mi propio lucro, ni jamás olvidé esta sentencia, íntimamente mía desde los últimos días de agosto de 1936: que el más importante y urgente de los deberes del vencedor en una guerra civil consiste en hacer enteramente suyas las razones del vencido, y por tanto deshacer para siempre los presupuestos que hicieron históricamente posible la guerra en que venció” (citado en Carlos Seco Serrano, “La gran pasión de Pedro Laín: nuestra “problemática” España”, p. 161).

“No alcanzo yo a saber, la conjetura de los futuribles no es mi fuerte, si el abismo creado por la contrapuesta marea de asesinatos políticos (perpetrados, en uno y otro bando, durante la guerra civil) podía o no podía ser salvado después de 1939; sólo sé que no se intentó salvarlo; más aún, que la represión legal o ilegal subsiguiente a la victoria –juicios ante diversos tribunales, depuraciones administrativas, “responsabilidades políticas”, punición oficial de dos provincias, leyes y procesos contra la masonería y los masones, comandos nocturnos en los suburbios de las grandes ciudades, etc.--, fue haciéndolo más grande. La causa de la incorporación de los vencidos a la España victoriosa quedó definitivamente arruinada (...) El maniqueísmo político-moral se hizo doctrina tácita o expresa entre los vencedores –nosotros, “los buenos”, más aún, “el bien”; ellos, “los malos”, más aún, “el mal”--, y al “rojo”, incluso al sólo presunto “rojo” no le quedó más que esta opción: el disimulo táctico o el paso a las tinieblas exteriores” (*Descargo de conciencia*, p. 278).

Laín Entralgo es un hombre bueno que intenta hacer suya la frase de Claude Bernard que él puso al frente de su libro *Dos biólogos: Claudio Bernard y Ramón y Cajal* (1949):

“El sabio que quiere hallar la verdad, debe conservar su espíritu libre, tranquilo y, si fuese posible, no tener nunca, como dice Bacon, humedecido el ojo por las pasiones humanas”.

Estaba lejos el ilustre urreano de los odios revanchistas tan tristemente frecuentes en los vencedores de la guerra civil. No era un triunfalista empeñado en humillar a los vencidos. Como subdirector de la revista *Escorial* “incluía —dice Julián Marías— colaboraciones de personas que no estaban bien vistas en la época”.

Al final de su vida, creía firmemente en la democracia pluripartidista y parlamentaria:

“Solamente el hombre alcanza la dignidad que a su ser corresponde cuando puede ejercitar dos derechos básicos: conocer por él mismo las varias opciones, que para la edificación de la vida civil ofrece la situación histórica en que existe, y disponer de los recursos que en el orden de los hechos haga posible, llegado el caso, la realización colectiva del camino elegido. Libertad civil más dignidad personal igual a pluralismo auténtico; no hay otra regla para evitar la ovinización, la instrumentalización y el fanatismo de los pueblos (...).

La democracia pluralista no se legitimaría *de facto*, si la libertad civil que le sirve de base no cumpliera de manera visible cuatro reglas principales: representatividad, justicia, eficacia e integridad moral (...).

Si el pluralismo político no tiene como fin permanente la justicia social, su término será, en una u otra forma, un feudalismo entre competitivo y autodefensivo de los mandarines del poder y de la riqueza (...).

La sociedad libre y plural debe mostrarse eficaz en su dinámica a través de huelgas y crisis ministeriales. El pluralismo democrático no puede y no debe excluir a sus propios enemigos, mientras éstos no se valgan de la insurrección armada o del terrorismo como instrumento de su acción; tal es el riesgo de la verdadera democracia y tal es su acicate...” (Parada, *op. cit.*, p. 126).

Y defendía a la monarquía juancarlista, a pesar de que nunca había sido monárquico (quería una república democrática; en su familia se admiraba a Galán, héroe de la sublevación de Jaca):

“No he sido nunca y no soy monárquico doctrinario. Veo que el régimen republicano funciona bien en muchos países y, a la vez, que en otros, como en el Reino Unido, Bélgica, Holanda y los países escandinavos, la monarquía ha sabido responder a las exigencias de nuestro siglo. En este sentido creo que la actual monarquía española ha prestado a nuestra patria un servicio impagable. Hoy por hoy, es la mejor garantía de nuestra estabilidad política, de nuestra pervivencia como nación europea. En la actual situación de España, piense lo que seguramente ocurriría si esta monarquía desapareciese” (Parada, *op. cit.*, p. 137).

Según testimonio de Pedro Zarco,

“El Rey le ofreció un título nobiliario, que rechazó modestamente y el Rey, en lugar de enfadarse, le dijo “desde hoy, te admiro más que antes, querido D. Pedro, y te llamaré de tú, pero para mí serás siempre D. Pedro” (Pedro Zarco, “Lain Entralgo. Un gigante en la historia”, en *OMC. Revista del Consejo General de Colegios de Médicos de España*, 76 (agosto 2001), p. 33)

Más allá de lo político, Nelson Orringer ha hablado de tres etapas en Lain: el Lain *pístico* (de *pístis*, en griego *fe*) o dogmático, que va desde 1935 hasta 1948; el *elpídico* (de *elpís*, en griego *esperanza*) u orientado por la esperanza, hasta 1958; y el *filico* (de *filía*, en griego *amor*) o amante del prójimo, desde 1958 hasta su fallecimiento.

Incluso en su momento más cerrado, el pístico, muestra Lain detalles de tolerancia, pues pide al tiempo una fe católica fiel al canon y abierta a las herejías, viendo en el hereje una necesidad y una oportunidad de reafirmación, más que una amenaza. Además, intenta el compromiso entre derechas e izquierdas a la hora de plantear el problema de España y quiere rescatar a los liberales (Marañón y Ortega) y a los noventaiochistas. Su obsesión de esta época es eliminar para siempre la pulsión cainita de los españoles y lograr la religación a través de palabras sanadoras y de concordia en un proyecto asuntivo y abierto a Europa que nos reúna a todos.

El Laín elpídico, decepcionado del franquismo, lucha por no caer en el pesimismo y quiere para España una democracia representativa que el régimen no está dispuesto a tolerar. Habla de “pluralismo unitario por medio de la representación” y, al tomar posesión del rectorado de la Universidad Central (hoy Complutense), ve la solución en la “concorde tensión dialéctica de las diversas “alas” de un mismo movimiento; alas que dentro de la unidad representarían la diversidad ideológica y social —la diversidad real— del país”.

En su última etapa, filica, Laín casi prescinde del dogma y se distancia de él, decidido a vivir su fe al modo de Unamuno, de manera personal; y con gran valentía y humildad, es capaz de entonar con dignidad la palinodia.

## Homo viator: “Iter est vita hominis”

- Siempre fue conciliador, moderado, liberal en sus convicciones y respetuoso para con los demás; y con los años, aún más: mientras otros evolucionaron hacia posturas rígidas, Laín se volvía cada vez más tolerante y comprensivo con los puntos de vista del prójimo, retornando al ejemplo que siempre vio en su casa:

“todos me hicieron ver [en la familia] un día y otro que sólo cuando el amor efusivo, iluminante y envolvente, es el vínculo entre los hombres que habitual o fortuitamente coexisten, sólo entonces, puede ser digna y gustosamente humana la convivencia social entre todos” (Parada, *op. cit.*, p. 35).

Concilió también Ciencias y Letras. Pedía, para el técnico, mayor formación humanística, que supiera escribir con elegancia y corrección, que fuera lector voraz. Y al hombre de letras, le exigía rigor y método, interés por la indagación científica, atención al detalle. Siempre intentó comprender, más que juzgar, y se interesó por todo lo humano. Él mismo pedía:

“Juzgadme no por lo que he sido, sino por lo que he aspirado a ser”.

En 1940, fundó junto con Dionisio Ridruejo, Antonio Marichalar y Luis Rosales, la revista *Escorial*, de talante aperturista poco habitual en aquellos *difíciles y oscuros* años. En ella escribieron personas poco gratas al régimen.

Laín considera al hombre como viajero existencial (*homo viator*) en cambio continuo, “una realidad corpórea siempre en camino, siempre itinerante”. Un ser menesteroso e indigente, inconcluso, que vive en tiempos de crisis (empezando, en primer lugar, por la de la ciencia). Un ente que espera, cree y ama sin poder evitar la inquietud (*inquietudo*). Mediante la oblación caritativa (autoentrega), se integra el hombre en la estructura dinámica del universo entero autodonante o “dador de sí” (en expresión zubiriana). Mediante la autoposesión o autoapropiamiento de cuanto le rodea, el hombre desarrolla su personalidad. Y mediante la proyección, hace una previsión racional del futuro como medio para condicionarlo a su favor.

## Homo auctor

- Se atrevió poco con la creación pura, prefería el ensayo. No intentó la novela ni la poesía, pero sí el teatro (fue Premio Nacional en 1971 por las críticas teatrales que solía publicar en la *Gaceta Ilustrada*) y escribió alguna obra para la escena:

“Me propuse llevar a la escena el drama histórico de España. La pieza *El Empeinado* constituye la primera parte de una posible trilogía acerca de ese drama. Para mí el teatro es literatura de creación, el íntimo deseo de contemplar hecho vida visible y audible lo que acerca de distintos problemas antropológicos, como la esperanza o la convivencia, yo había expuesto teóricamente. De los varios dramas por mí compuestos sólo han sido representados dos, *Entre nosotros* y *Cuando se espera*.” (Parada, *op. cit.*, p. 129).

Su amigo el médico y escritor Jaime Salón fue quien consiguió que se estrenara *Entre nosotros*, en 1966, y cuenta así el estreno:

“Fue en la sala Windsor; en ese momento no había actores disponibles en la ciudad condal y fuimos a buscarlos a Valladolid. Al final protagonizaron la obra Lola Herrera y su entonces marido Daniel Dicenta. En el agradecimiento del autor, Laín hizo un discurso de cerca de una hora, algo insólito en teatro. El público lo soportó muy bien porque el contenido era muy hermoso” (*Diario Médico*).

La creación (o “cuasicreación”, como prefiere decir Laín, puesto que la *creatio ex nihilo* es atributo de Dios y el hombre solo crea a partir de lo preexistente) es un recurso del hombre para sentir menos su menesterosa indigencia existencial:

“Todo acto creador —escribe— es el salto que da el hombre para salir de la problematidad que a un tiempo le aherroja y le espolea: la constitutiva *inquietud*” (*España como problema*, I, p. 101).

## Médicos y enfermos

- Fue un “médico sin práctica”, como le definió el estudioso Nelson Robert Orringer; era un historiador de la medicina dependiente del texto, de la letra impresa y su interpretación. No tenía vocación clínica, como él mismo ha reconocido en repetidas ocasiones.

Curiosamente, aunque él ejerció poco, daba al trato con el paciente una especial relevancia. Para Laín, el médico no es tal en cuanto “conoce”, sino en cuanto “trata”, porque la medicina es ciencia aplicada (*epistème*), no ciencia pura (*tékhne*). Por eso para él es tan importante el “trato”; en el sistema lainiano, la amistad sustituye al paternalismo en el trato entre paciente y médico. Como él mismo dijo, ante todo el médico es un “dispensador de esperanza” para el enfermo. Además de conocimientos morfológicos y psiquiátricos, el galeno debe poseer una tecnología diagnóstica y terapéutica. Habla incluso Laín de utilizar la “quirotecnia” o técnica de la imposición de manos, en la medida en que estas pueden dar confianza al enfermo, ayudarle a sobrellevar su postración y animarle al esfuerzo de la cura.

Laín retomó el género medieval del *bonus medicus*, que él toma en la doble acepción de perito experto (*vir bonus medendi peritus*, hombre experimentado en dar remedios) y de individuo moralmente superior. No considera aceptable que el médico sea un funcionario, cuyos actos están presididos por la rutina (si el diagnóstico cae en la rutina —asegura— sufre una deficiencia ética); tampoco

reducir al enfermo a objeto de conocimiento racional y experimental ni a recurso para el lucro o la fama. El médico es un *ego adjuvans*, un sanador que trata a cada paciente como “persona doliente y menesterosa”.

Dice Diego Gracia que para Laín la enfermedad representó mucho más que simples hechos, está más allá de la anatomía y la patología, pues en ella

“influyen las esperanzas, las expectativas. La enfermedad es un acontecimiento cultural; o como decía Pedro Laín, la enfermedad es un hecho biográfico” (*Diario Médico*).

En uno de sus artículos, habla Laín de que en Roma existía una medicina para los esclavos que se caracterizaba por la ausencia de la palabra. Para él, la medicina actual no puede ser esa “medicina sin voz”. Laín reclama que el médico tenga tiempo para hablar y tratar a sus pacientes.

La relación médico-enfermo ocupó gran parte de las páginas por él escritas. También el diagnóstico: la capacidad de observación y el tino para diagnosticar son cualidades imprescindibles en la práctica profesional. Para Laín, la salud es una empresa de autoperfeccionamiento y la curación, una aventura creativa. Habla de los tiempos de crisis en que nos toca vivir (empezando por la propia crisis de la ciencia, entendida de un modo restrictivo con el positivismo y situada en un marco más complejo, de provisionalidad y relativismo, por científicos como Einstein, Pavlov, Plank, Rutherford, etc.).

Entiende al hombre como ser inquieto o en crisis (idea tomada de Ortega y Scheler) y ve a España como un enfermo colectivo, en crisis permanente, al que es necesario curar. Acuñó un neologismo para referirse a la enfermedad de nuestro tiempo: la “diselpidia” (de *dis-*, prefijo privativo, y *elpís*, *esperanza* en griego), la pérdida de esperanza y de capacidad proyectiva que atenaza al hombre y a la sociedad en su conjunto.

Para Laín, la medicina es, antes que un conocimiento, una práctica a veces más cognoscitiva o diagnóstica y a veces más terapéutica u operativa. Del enfermo, espera una actitud de resignación y aceptación del misterio de la enfermedad, “la oblación del inevitable dolor”. Y del médico pide una rebotante caridad cristiana hacia el paciente.

En las teorías antiguas, se identificaba salud con “virtud” y enfermedad con “pecado” o “falta”. Laín demuestra que la enfermedad es una necesidad de la naturaleza y que el hombre, más que un “enfermo”, es un ser “enfermable” (y por tanto, también “sanable”). En la concepción lainiana, la enfermedad es un “accidente modal de la sustancia” o una “alteración accidental de la naturaleza”, pero no un estado definitivo. Cuanto más formalizada está la estructura viviente, más susceptible es a la enfermedad. Por eso los hombres enferman más que los animales y éstos, más que las plantas o los minerales.

Laín quiere que el médico reintegre al enfermo a su estadio anterior para que pueda cumplir su personal proyecto humano. Pero también pide al enfermo una vivencia de su enfermedad como proyecto productivo, recordándole que es a la vez paciente y agente de su dolencia y poniendo de ejemplo a intelectuales, artistas y religiosos que se sirvieron del estado de enfermedad y el subsiguiente aislamiento al

que les condujo para perfeccionar sus obras o dar un giro decisivo a sus vidas. Para Laín, el enfermo tiene la obligación de intentar recuperar la normalidad de la salud y reintegrarse a la vida social activa cuanto antes. También tiene otras obligaciones, como evitar la difusión de su enfermedad si es contagiosa y evitar en lo posible molestias curativas y económicas a sus allegados y a la sociedad en general.

## Animal de realidades

- Entiende la vida en un sentido cristiano, con una dimensión misiva (misión) y vocativa (vocación) como única manera de alcanzar la plenitud. Hay, en su vida y su obra, un afán de trascender, de plenificar el momento vital mediante la acción educativa e intelectual; una donación efusiva de sí mismo como medio de alcanzar la felicidad y de saciar esa ansia ontológica de eternidad que, según él mismo decía, es característica del ser humano.

Como su maestro Xavier Zubiri, recupera Laín la tradición metafísica cuando la filosofía se había hecho o positivista o girada hacia el lenguaje. También como Zubiri es Laín monista, no partidario de la división tradicional en cuerpo y alma, en materia y espíritu; pero esto no significa que defienda el materialismo (tampoco Zubiri), pues lo ve como un reduccionismo inaceptable de la especificidad humana, sino simplemente que es antidualista, contrario al hilemorfismo. No acepta el *nous poietikós* de Aristóteles ni la *psique espiritual* de santo Tomás.

Para Laín, el hombre es materia elevada, “inteligencia sentiente” (en expresión zubiriana), unidad capaz de vivir, sentir e inteligir. Como decía el filósofo vasco —y el urreano suscribe—, “La materia tiene intrínsecamente un sistema de capacidades de dar de sí”; el dinamismo es lo propio de la realidad; la materia se eleva a través de una de sus potencialidades, que es la hominización, y esto hace posible el sentido trascendente de la vida humana. La sustantividad de lo humano es la elevación estructural, una forma aperturista de ser “de suyo” que lo deja en libertad de ser y de hacer y que lo convierte en “animal de realidades”. La sustantividad humana, abierta y libre, es muy diferente de la sustantividad cerrada de los animales. Como han afirmado Jorge Ayala y Diego Gracia, Laín tiene una concepción estructurista del cuerpo humano, es emergentista. Cree que el alma sería el conjunto de manifestaciones de la vida humana donde predominan la afectividad y el sentimiento.

## Homo res sacra

- Decía Laín de sí mismo “Soy creyente con dudas” y afirmaba que la religiosidad “Es mi modo de vivir y entender la relación con lo divino”. Partía de la idea *homo res sacra*, el hombre como cosa sagrada. Por supuesto, su práctica no tenía nada que ver con los usos sociales, no era una religiosidad de cara a la galería. Laín, como *homo humanus*, ser falible y con debilidades, pasó en su juventud por momentos de crisis, pero luego los resolvió a través de la fe:

“Mi edad unida a las experiencias del mundo que iba adquiriendo, concitaron en mí tal crisis [religiosa]. En nuestra educación religiosa dominaba la rutina, el mal gusto, el fariseísmo y

la tácita o expresa alianza entre el cura, el rico y el cabo de la guardia civil. Era un catolicismo cuyos titulares no se esforzaban en ser socialmente los mejores sino los más poderosos; una liturgia tradicional malherida y degradada y otra liturgia nueva donde la cursilería nacional parecía tener asiento. Yo escuchaba decir: “*El pamplonica, su misica, su copica y su putica.*” El profesor de Religión del instituto era un sacerdote amancebado” (Parada, *op. cit.*, p. 23).

“Mi indiferencia política siguió casi total, nada me interesaban Alfonso XIII ni don Miguel Primo de Rivera. Mi alejamiento de las prácticas religiosas se agudizó. Me sentía distante de aquellas gentes, muchas sinceras, algunas farisaicas, que recorrían la calle de Alfonso para su visita católico-regional a “la Pilarica”. En mi alma latía una genuina vocación intelectual, pero no por ello dejaba de actuar en mí el tirón moral de ser “buen muchacho” (Parada, *op. cit.*, p. 30).

Para Laín, el hombre necesita la fe fiduciaria de los luteranos: debe creer, tiene tendencia natural a la credulidad y a la confianza. La fe cristiana es un acicate intelectual, no un freno para la inteligencia. La fe no le impide realizar su vocación de *homo cogitans*. La vivencia y el ejercicio de la fe son así, en la teología lainiana, un modo de vida en libertad.

## Religio amoris

- Lo que mueve el mundo, en su opinión, es el amor: *facientes veritatem in caritate*. La razón cordial es lo importante. Distingue entre amor constante, instante y distante y define al hombre como ser creyente, esperante y amante (*animal credens, sperans et amans*, “somos nuestras creencias, nuestras esperanzas y nuestras dilecciones”, afirma). Esto le dice a Parada (*op. cit.*, p. 34):

“Esa idea [del amor], basada en *Deus caritas est* de San Juan, es la más honda, original y eficaz de cuantas novedades trajo el Evangelio al mundo. Y pienso que aunque muchos hombres, incluidos los cristianos, la desconozcan, no la cumplan o se opongan a ella, o a las más inmediatas consecuencias de seguirla, sin ella no sería posible una convivencia humanamente digna, ni la humanidad conocería un progreso espiritual, no meramente administrativo o maquinal. Digo que todos los hombres, aunque no sean cristianos, pueden comportarse conforme a la idea cristiana del amor. Así lo hacen los que se sacrifican por amor al prójimo, los samaritanos que existen fuera del cristianismo”.

En la idea del Dios cristiano del amor coincide con otro aragonés, Ramón J. Sender, y con otros autores de la gran literatura universal. Por ejemplo, Henry Miller ha dicho que

“Si Dios no es amor, no vale la pena que exista”.

Aunque fue católico, eso no quiere decir clerical, puesto que criticaba en la Iglesia cuanto no le parecía cristiano o adecuado. Por ejemplo, cuando era rector, se atrevió a proponer que no se enseñase Religión en la universidad española, y ello dio lugar a la airada protesta del cardenal Segura. En 1936, en una reunión en Valencia fue capaz de pedir a la Iglesia española “un severo examen de conciencia”.

## Religatio: El hombre, ser indigente

- La esperanza es otro de los grandes temas lainianos, que él toma de Martin Heidegger. Según Laín, el hombre vive “religado” a la divinidad, ante la crisis en que habita y la inquietud que lo embarga, y es a través del amor hacia todo lo creado como llega a esa religación que le devuelve la esperanza:

“El hombre *es* creyente, esperante y amante; y, como fundamento de su creencia, de su espera y de su amor, *es* religado” (*La espera y la esperanza: Historia y teoría del esperar humano*, Madrid, Revista de Occidente, 1958, p. 581, n. 44)

- El hombre necesita la esperanza, porque la espera es el paso de lo posible a lo real, es precondition del preguntar. El dogma mata la pregunta y la esperanza la aviva. Cuando se pregunta, se espera una respuesta. La esperanza y la pregunta, que es un acto de fe, son ingredientes fundamentales del vivir humano, necesidades vitales que nos permiten proyectarnos y conquistar el futuro.

La pregunta es la forma suprema del saber, porque procede de la inquietud. Para Laín, como para Sócrates, el no saber es el principio del saber. Ante el no saber podemos adoptar tres posturas: o bien tratamos de negar nuestra ignorancia, con lo cual caemos en la falsedad y el error; o intentamos ocultarla, lo que nunca aportará la solución; o la reconocemos e intentamos adquirir el saber que nos falta. Esta es la postura correcta. El saber se adquiere al tomar consciencia de la propia ignorancia y siendo capaz de formular preguntas. La respuesta a una pregunta es una definición y un juicio. Por otra parte, el saber se basa también en la división (no solo en la definición), pues pensar es distinguir, fragmentar el todo en partes.

En cuanto a la esperanza es el hábito del hombre que confía en la realización de sus posibilidades de ser, insertas en su naturaleza. La esperanza es el hombre aspirando a lo Absoluto. El vínculo que une al hombre con Dios y hace que la existencia humana esté relacionada esencialmente con Él. Si somos capaces de saber, es porque somos capaces de preguntar. Y si preguntamos, es porque confiamos en obtener respuesta. Esperar es religarse, de ahí que la espera esté en la base de la antropología y la teología lainiana:

“Nuestra vida es, como dice André Gide, “*sala de espera*”, y “*sala de esperanza*”. Hay toda una teoría cristiana de la esperanza en San Pablo, San Agustín, Santo Tomás. Esperanza y fortaleza, la virtud de la esperanza en San Juan de la Cruz. La esperanza ha estado presente en todos los autores cristianos, católicos y protestantes, y en todos los secularizados, progresistas o desengañados. Sin la esperanza llegamos al hastío. Hay una crisis de la esperanza en el mundo moderno” (Parada, *op. cit.*, p. 104).

## **Animal inquietum: Evidencia y creencia**

- La ciencia, según decía Laín, siempre es saber penúltimo porque es falible; la ciencia nos permitirá conocer algún día cosas hoy desconocidas, tenidas por inexistentes o imposibles; pero es saber penúltimo porque es provisional y, al cabo del tiempo, puede trocarse en conocimiento inútil o erróneo. Laín se vuelve a la dimensión metafísica entendiéndola al modo de Aristóteles, como *zetoméne epistéme* o *ciencia que se busca*, ciencia del nunca acabado conocimiento. A ella corresponde la ultimidad, quedando para la humana ciencia la penultimidad. A Laín le interesa más el aspecto filosófico de la ciencia, las cuestiones éticas, que su

establecimiento social o su estudio desde la perspectiva sociológica. Va más a la teoría que a la práctica médica.

Sobre la provisionalidad de la medicina, sus limitaciones y deficiencias, dice en el epílogo de *La medicina actual* (1973):

“La fabulosa medicina actual es, en efecto, técnicamente insuficiente, porque frente a muchas dolencias no podemos hacer nada, y asistencialmente inmadura, porque todos nuestros sistemas de colectivización exigen reformas importantes, y profesionalmente injusta porque no son pocos los países en que las diferencias económicas entre los médicos rebasan lo tolerable, y científicamente insatisfactoria, porque —entre otras cosas— todavía no somos capaces de articular en forma aceptable lo que del hombre enfermo sabemos, viéndolo por un lado como simple organismo vivo, y mirándole por otro como auténtica persona. Pretendo, pues, que este libro mío proyecte hacia el futuro los ojos de todos; con voluntad de creación en los capaces de crear, con espíritu de servicio en cuantos puedan ayudar a que sea posible tal creación, con ánimo a la vez exigente, generoso y confiado en quienes carezcan de talento para la creación y de recursos para la ayuda. Sólo con la cooperación de todos podrá ser real y verdadera la grandeza de la medicina actual”.

El saber último nunca es científico, porque no depende del conocer, sino del creer. No es evidencia, sino creencia. Las verdades últimas son siempre filosóficas y, ante ellas, unos prefieren creer en la aniquilación de la muerte y otros, como don Pedro, optan por la creencia en la resurrección de la carne y en la vida ultraterrena. Aunque, como él mismo admite, la fe más sólida tiene grietas de duda y al amor más firme lo amenazan la hostilidad y el desamor. El hombre vive en permanente inquietud, es *animal inquietum*.

Laín resume su pensamiento en la máxima “creer, dudar, esperar, amar” y dice que “la vida es una constante búsqueda de la eternidad”:

“Cuando un hombre se queda solo consigo mismo, es cuando puede plantearse el problema del fundamento de su vida; en la soledad encuentra el hombre el modo de realizarse a sí mismo, para ser él mismo y vivir con los demás. La vida humana es una constante búsqueda de realidad, conocerla o poseerla y amarla. Según los trances en que nos ponga, la vida puede ser alegremente seria o tristemente seria. Y así debemos tomarla” (Parada, *op. cit.*, p. 142).

En Laín, el hombre es un viajero existencial (*homo viator*) en cambio continuo, un ser creyente, esperante y amante. Un ser menesteroso e indigente, un ente inconcluso que no puede evitar la *inquietudo*. Esta inquietud la sintió Laín ante su propia obra, lo que le llevó a revisarla, matizarla y mejorarla incesantemente, hasta llegar a la formulación definitiva de sus teorías antro-patológicas. El ilustre urreano parte de la falibilidad de la ciencia y de su crisis. Laín ha superado el prestigio cuasi religioso que se concedía a lo científico en el siglo XIX. Tampoco revestirá al médico de la solemnidad con que fue entendida anteriormente su función social. Lo considerará un técnico, un perito o práctico y, sobre todo, un “dispensador de esperanza”. Como dice Orringer, “En el fondo, en Laín domina el psiquiatra, sensible a la condición crónica que se puede aliviar con la psicoterapia verbal”. De ahí la importancia que da al trato con el paciente.

Como dice Gracia, si la antropología médica de la primera mitad del XIX es metafísica y la de la segunda mitad científica, la antropología lainiana es, a la vez, metafísica y científica. Laín consideraba a Freud como el primer antropólogo

médico, porque dirigió la atención hacia el enfermo y sus neurosis y relacionó la enfermedad con los sucesos biográficos del sujeto.

A través de la dimensión histórica de lo humano y de la medicina (como ciencia humana y como problema), Laín llega a la síntesis de la antropología médica. Y desde ella contempla al *homo viator* como ser que, a través de la creencia, acepta lo prerracional; a través de la esperanza, confía en el logro de sus posibilidades y se proyecta hacia el futuro para condicionarlo a su favor (ser proyectivo); y a través del amor, se “religa” o vincula a la divinidad. Laín parte de su maestro Zubiri para radicalizarlo “zubirianamente” y concluir que el ser humano es una estructura dinámica con metas como el sobrevivir y el fruir (deleite), pero también con una dimensión misiva (misión), vocativa (vocación) y dativa (“dar de sí”, autoofrecerse). Hay en el vivir humano una idea de autoapropiación: la mano agarra, el ojo capta, la mente aprehende, el sentimiento rige y la lengua busca la palabra exacta (como pedía Juan Ramón Jiménez). Tal es la sustantividad humana y su manera de plenificar la vida.

## De senectute

- En cuanto a la vejez y la muerte, las encaraba con total entereza. Laín afirmaba: “La vida es siempre un bien y envejecer un privilegio”. Y también: “La vejez es una etapa muy bonita de la vida que hay que saber hacer y llevarla”. Se preparaba para saber morir, igual que supo vivir. No hay que olvidar que fue gran lector de Heidegger, para quien el hombre es ser-hacia-la-muerte. Y contestaba a los que aseguran que los viejos tienen pocas esperanzas:

“Desde los tiempos antiguos, se ha dicho que la vejez trae muchos recuerdos y poca esperanza. La segunda parte de estas afirmaciones es grandemente discutible (...). Incluso si un anciano tiene pocas esperanzas, algunas de ellas pueden ser intensas”.

A María Rosario de Parada (*op. cit.*, pp. 141-142) le dice:

“Vivo en permanente sensación de finitud, de limitación biográfica, que hace más perentorio mi afán de concluir los proyectos iniciados. Vivo hundiéndome hacia el futuro, aunque éste sea corto, aunque la muerte pueda esperarme a la vuelta de la esquina...”

Yo creo que a la muerte hay que tomarla conforme a lo que es, como cosa seria. Primero como evento inexorable, y al propio tiempo como ocasión de un acto personal. Si es repentina no podemos vivirla. Pero si la muerte llega hacia nosotros sabiendo que llega, es la ocasión de que el hombre se pregunte por lo que en su vida ha hecho, por el sentido de su propia vida. ¿Cómo? Pues el cristiano como cristiano, el musulmán como musulmán, el marxista como marxista, el agnóstico preguntándose por el sentido de su agnosticismo... Todos deberemos preguntarnos: ¿qué he hecho yo, qué he sido yo?”.

Y el cardiólogo Zarco, en su artículo citado, “Laín Entralgo. Un gigante en la historia”, p. 33, nos informa de que don Pedro, después de dar unas conferencias “profundamente incapacitado” (luego recogidas en su libro *La empresa de envejecer*), a sus 93 años, tenía ya otro curso *in mente*, titulado *El morir de la persona*, estructurado en la triple faceta del morir: como hecho biológico, como suceso personal y como evento o acontecimiento familiar y social.

Como podemos ver, Laín encaró su vida, su vejez y su muerte con una integridad máxima.

## Homo inter homines - Testimonios

- Fue un hombre querido y reconocido. Dejó dos hijos, cinco nietos y cuatro biznietos. Quienes lo trataron, como Ridruejo, Rosales, Tovar, López Aranguren, Rof Carballo, López Ibor, Gracia, Orringer, Albarracín y otros, lo quisieron. Y tras su muerte, son muchas las personalidades que han dejado un testimonio favorable de él. Simplemente recogiendo las palabras que le dedicaron algunos ilustres prohombres, podremos darnos cuenta de la importancia de su figura.

Por ejemplo, el filósofo Julián Marías, que luchó en el bando republicano durante la guerra y pasó por las cárceles franquistas, dijo de él:

“Siempre me he fiado de la cara de la gente, y al conocer a Laín pensé: con este hombre se puede hablar con toda confianza; lo hice desde el primer momento, y viceversa (...) Era un hombre muy moderado y entre nosotros hablábamos con absoluta sinceridad. Hemos vivido una amistad muy estrecha durante este tiempo y ha sido una experiencia muy valiosa” (*Diario Médico*).

Y en otro momento, afirmó:

“La muerte de Laín nos priva de su convivencia, del calor de su persona viviente, de su ejemplo, pérdida que no dejamos de lamentar inmensamente, pero queda su obra riquísima, múltiple, de gran valor comprobable y semejante al de los grandes creadores que han florecido en el tremendo y admirable siglo XX” (*Diario Médico*).

El resumen de Marías no podía ser más elogioso: dice de Laín que no solo era optimista, sino también óptimo.

Diego Gracia, sucesor de Laín en la cátedra madrileña de Historia de la Medicina y padre de la Bioética en España, añade:

“Era asombroso el afán que tenía para ponerse en la piel de quien se acercaba a él; lo convirtió en una consigna de vida, fruto del tremendo interés que tenía por ver las cosas desde la perspectiva de quien estaba enfrente. Gracias a eso desarrolló una postura que pretendía integrar las buenas ideas, viniesen de donde viniesen (...) No es fácil encontrar a una persona que reúna las características que tenía Laín. Una de ellas era que poseía un saber absolutamente enciclopédico y unas condiciones humanas muy peculiares. El respeto que manifestaba hacia las personas le dotaba de una gran autoridad moral. Para mí no fue sólo un maestro; fue amigo durante 30 años y casi un padre” (*Diario Médico*).

Y explica:

“Laín ha dado un tremendo testimonio de ser un intelectual que buscaba la verdad adecuándose a ella, gracias a esa capacidad admitía todas las perspectivas en el análisis de las cosas. Por eso se hace historiador, para conocer lo que han pensado los que nos precedieron, porque todo el mundo tiene su parte de verdad” (*Diario Médico*).

Y en otra ocasión, añade:

“Como intelectual, Laín ha perseguido cuestiones que le definen humanamente: la espera, el amor y la amistad. Él ha cultivado sobre todo la amistad (...) [Es una persona] emotiva hasta en lo intelectual, como demuestra el hecho de que su pensamiento gire en torno a la antropología (...) Le apasiona la medicina como problema intelectual [aunque carece de habilidad clínica]” (*Diario Médico*).

Su hijo, Pedro Laín Martínez, internista en la prestigiosa Fundación Jiménez Díaz, destaca su impresionante capacidad de trabajo y de lectura; habla de la valentía, la decencia y la austeridad de su padre y de “su vida pública ejemplar, que puso a prueba en todo momento su honestidad y su civismo”, y añade:

“La mayoría de los catedráticos de Historia de la Medicina de España han sido discípulos suyos y todos le han manifestado mucho agradecimiento (...) Pesa mucho tener una figura como la suya en casa. Tenía una gran personalidad que marcaba la familia y que este año hemos echado de menos (...) Para hacer una gran obra hay que encerrarse mucho en uno mismo y ser un poco egoísta. Por un lado era bueno, inteligente y trabajador, pero también vanidoso y un pequeño tirano tácito (...) Nunca fue triunfalista respecto al futuro de la universidad; pensaba que había gente joven muy buena, pero que no era suficiente para un país de 40 millones de habitantes. Hay grupos que destacan, en especial en Madrid y Barcelona, pero la mayoría tienen que irse fuera”.

Su hija, Milagros Laín Martínez, recuerda que su padre, en vida, solía decir que la sociedad le había reconocido más de lo que merecía y que, tras la muerte del maestro, “estamos recibiendo mucho más”, pues se recuerda constantemente a don Pedro.

También, desde *La Razón*, le dedica elogios Luis María Ansón, académico y director del diario madrileño:

“Desde la alta, lejanísima cumbre de sus 93 años, la mirada joven y el pensamiento profundo, don Pedro Laín Entralgo era, incluso en las últimas semanas cuando llegaba a la Academia en su silla de ruedas, la imagen de la sabiduría, de la liberalidad, del equilibrio, la moderación y la ternura”.

Y otro académico, el director de la R.A.E., Víctor García de la Concha, enfatiza:

“Quienes hemos tenido el privilegio de conocer de cerca a Don Pedro Laín Entralgo sabemos hasta qué punto era militante de la concordia. Lo que Américo Castro llamó la “Edad Conflictiva de España” se prolongó según Laín en la España contemporánea en tres líneas de tensión: la religioso-ideológica, la socio-económica y la regional. Si la primera y la segunda no pueden solucionarse más que en la comprensión y el diálogo intelectual, la tercera requiere lo que Laín soñaba en el colofón de su libro *A qué llamamos España*; allí, tras el grito de “no más sangre”, alzaba el programa de una España unida en la diversidad, una suma de términos regida y ordenada por el prefijo “con”, una convivencia que sea confederación armoniosa y conjunto de modos de vivir y de pensar capaces de cooperar y de competir entre sí”.

El neurólogo Alberto Portera, rememorando al médico y al amigo, habla de su aguda ironía y su gracejo aragonés, así como su facilidad para la comunicación interpersonal.

El catedrático de Cardiología Pedro Zarco, destacando la honestidad, humildad y sencillez de Laín, dijo de él:

“Don Pedro ha cambiado la Historia de la Medicina española, porque antes no existía. Ha influido en todos sus discípulos y en los que no lo éramos. Realmente, su pensamiento ha

estado presente en todos los médicos de la postguerra española. Por don Pedro conocemos la Historia de la Medicina clásica, desde la griega hasta Freud (...) El viernes por la mañana hablé con él y le pregunté cómo estaba y me dijo: Estoy cansado de descansar. Yo le dije que todo estaba bien, su tensión arterial, su latido cardíaco y él me contestó: *Todo está bien, menos yo*” (*Diario Médico*).

En el artículo que publicó en la *OMC*, añade:

“D. Pedro Laín, además de ser un gran intelectual, era, fundamentalmente, una persona honestísima, austera y humilde, que siempre convocaba a la concordia y continuamente declaraba que había recibido de la sociedad mucho más de lo que se merecía. Y llevó una vida modesta; por no tener, no tuvo ni coche.

Por ello, si en estos momentos tuviera que decir qué es lo que más me ha impresionado de la vida de Laín, tendría que decir su honestidad, su ética, más que su colosal bagaje cultural y científico, de un hombre absolutamente multidimensional como dice José Lázaro (...)

Miembro de tres Academias, con Laín Entralgo desaparece una de las figuras señeras de la cultura española del siglo XX. Para mí, y supongo que para muchos, las cuatro figuras intelectuales más representativas de la España del siglo XX son Ortega y Gasset, Unamuno, Zubiri y Laín Entralgo” (Pedro Zarco, “Laín Entralgo. Un gigante en la historia”, en *OMC. Revista del Consejo General de Colegios de Médicos de España*, 76 (agosto 2001), pp. 32-33)

El médico y escritor Jaime Salón señaló que, en los últimos años de su vida, Laín se encontraba

“como en su obra *La espera y la esperanza* (1957), en un periodo de su vida de espera, aunque sin perder la esperanza” (*Diario Médico*).

El médico Agustín Albarracín Teulón, que escribió con don Pedro algunos libros y es fundador de la Sociedad Española de Historia de la Medicina y miembro de número de la Real Academia Nacional de Medicina, añade:

“Se me han muerto 53 años de mi vida. Ha muerto un amigo, un camarada, un confidente y, por encima de todo, una persona que durante más de medio siglo ha sido mi amigo y mi compañero.

A lo largo de una vida entera las anécdotas son muchísimas, pero yo resaltaría su inquebrantable sentido del deber: la tarde en la que murió su único hermano, después del entierro, le llevé yo a dar una conferencia que tenía anunciada. Laín, aunque destrozado, la pronunció. Sirva esto como muestra del sentido que él tenía de la responsabilidad y el deber profesional.

Era una persona ejemplar en muchos campos. Su obra es inmensa, tanto en el terreno de la Historia de la Medicina, donde ha sido el que ha colocado a los estudios como una disciplina de referencia, no sólo en España sino también a nivel internacional, incluso por encima de otros muchos países como Alemania. También su obra dedicada a la Antropología destaca por su tamaño y por la sabiduría enorme que destila” (*Diario Médico*).

El doctor Juan José Barcia Goyanes recuerda el momento en que conoció a Laín:

“Vino como alumno a un curso que impartía sobre interpretación de sueños. La Guerra Civil nos pilló juntos en Santander, dando otro curso, y allí resistimos un mes. De ahí salimos juntos hacia Pamplona y después nos separamos: él se fue a Burgos y yo a La Coruña.

Nunca tuvo vocación de clínico, creo que hizo Medicina por influencia de su padre, que ejercía como médico rural en Aragón.

Se enfrentó con los sectores más radicales de la Falange al propiciar como rector la apertura en la universidad y contar con profesores que no eran bien vistos.

A Laín se le conoce más como historiador de la Medicina, pero yo discrepo porque creo que el historiador aporta datos nuevos, y su gran contribución fue interpretar; por eso considero

que ha sido esencialmente un pensador, un filósofo de la Historia de la Medicina, con aportaciones geniales, como su visión de la relación entre médico y paciente” (*Diario Médico*).

Y Javier Domínguez Vallejo, presidente del Colegio de Médicos de Burgos, alumno de Laín cuando cursaba la carrera, lo define como...

“Un pozo sin fondo de sabiduría. En sus clases prácticamente no se cogían apuntes. Los pocos alumnos que asistíamos a ellas, ya que la mayor parte de los estudiantes preferían las asignaturas clínicas, nos embelesábamos oyéndole. Pensaba en alto y hablaba de la Historia de la Medicina desde la perspectiva del arte, de la Historia en general, etcétera.

[Lo más importante que enseñaba a sus alumnos era] a ser un médico honrado y a vivir la profesión desde un punto de vista idealista” (*Diario Médico*).

Federico Mayor Zaragoza ha dicho:

“Lo que más le agradezco a Pedro Laín Entralgo es el ejemplo de constancia hasta el último instante; el no amedrentarse ante situaciones adversas ni interpretaciones torcidas; su lúcido tesón esperanzado; su prodigiosa siembra en surcos invisibles todavía (...)

Resuelta voluntad de creación, haciendo frente a los retos, sin rendirse nunca. Así vivió, así murió, Pedro Laín Entralgo, y esta es la luminosa estela que nos ha legado (...)

Pedro Laín me ha ayudado siempre a plantearme, ante cualquier situación, la diferencia entre *qué* se hace o debe hacerse; *con qué* se hace; *para qué* se hace y, sobre todo, *por qué* se hace (...)

Don Pedro, humanista, escritor, educador, visionario; Pedro, compañero a contraviento, “hermamigo” como diría Pilar Paz Pasamar. Es el título que se merecen quienes, a pesar de tantos pesares, supieron, con sus ideales, adelantarse a su tiempo y dejarnos como herencia la fuerza indomable del espíritu” (*Turia*, pp. 261-263).

Eduardo García de Enterría añade:

“Ha sido un hombre grande en la historia de España. Le tocó vivir una época de turbulencias y confusiones, pero nunca se dejó arrastrar por ellas, las dominó y las encajó con un espíritu generoso y sin fallas. Las generaciones que nos abrimos a la inteligencia cuando ya había concluido la atroz guerra civil, con la enorme fortuna de no haber tenido que ser protagonistas de ella, aprendimos de él cosas fundamentales: patriotismo crítico, religiosidad verdadera, aprecio por los grandes ilustrados de los siglos XIX y XX que iluminaron la historia cultural de España, y en cuya huella supo él colocarse, no sin dificultades e injusticias, ilusión por Europa, esperanza en la razón y en la vocación, mística universitaria, amistad, valores nobles” (*Turia*, p. 260).

Y Joaquín Ruiz-Giménez, su amigo, el ministro que lo nombró rector, dice de él:

“La luz de su inteligencia me abrió caminos, especialmente en momentos difíciles, y el calor de su corazón me impulsó a no desmayar en empeños fundamentales. Y ahora, cuando ya no le tenemos en esta dura tierra, sus palabras escritas, vivificantes siempre, confortan mi ánimo, y me regalan esperanza” (*Turia*, p. 264).

## Hacia la recta final

Hasta aquí, nuestra explicación, más bien recopilatoria, que pretende situar al lector y ayudarlo a una correcta intelección de la producción lainiana. Creemos, junto a Nelson Orringer, que la obra intelectual de Laín se caracteriza por su apertura a otras psicologías y antropologías distintas de la suya. Sus teorías invitan permanentemente a cuantos sean capaces de completarlas y/o mejorarlas. El vitalista Laín nos ofrece así su última donación: el optimismo, la confianza en el

progreso humano y en la mejora continuada de esta “inquieta” especie animal a la que todos pertenecemos. Como dice Julián Marías, Laín era no solo optimista, sino también óptimo (como persona, como maestro).

Esperamos haber cumplido nuestro propósito divulgativo y terminamos haciendo nuestras las palabras del maestro de Urrea (que, a su vez, él había tomado de la tradición clásica):

«Eliminando la secreta jactancia de una conocida sentencia latina, diré, para terminar, “Hice lo que pude; otros harán más”» (*Idea del hombre*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996, p. 202)

## Bibliografía utilizada

- María Rosario de Parada, *Pedro Laín Entralgo*, Zaragoza, Diputación General de Aragón, 1994.
- Nelson Robert Orringer, *La aventura de curar. La antropología médica de Pedro Laín Entralgo*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1997.
- Nelson Robert Orringer, “Pedro Laín Entralgo: educador, humanista, hombre”, conferencia pronunciada en Híjar, disponible en <http://adigital.pntic.mec.es/~tronchon/lain/ponencia.htm>
- *Diario Médico*, Madrid, Grupo Recoletos (Edición electrónica: [www.diarimedico.com](http://www.diarimedico.com)).
- “Cartapacio”, *Turia*, 61 (junio 2002). Monográfico de la revista turolense dedicado a Laín.
- Pedro Laín Entralgo, *Idea del hombre*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1996.
- Pedro Laín Entralgo, *La empresa de envejecer*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2001.
- Pedro Laín Entralgo, *Tan solo hombres. Cuatro dramas*, Madrid, Espasa-Calpe
- Pedro Laín Entralgo, *En este país*, Madrid, Tecnos, 1986.
- Pedro Laín Entralgo, *Hacia la recta final. Revisión de una vida intelectual*, Barcelona, Círculo de Lectores, 1998.
- Internet: buscador *Google*, voz “Pedro Laín Entralgo”; web <http://adigital.pntic.mec.es/~tronchon/lain>
- Pedro Zarco, “Laín Entralgo. Un gigante en la historia”, en *OMC. Revista del Consejo General de Colegios de Médicos de España*, 76 (agosto 2001), pp. 28 a 33.